Cortocircuito

Cuento sobre acoso escolar

Dirigido a niñas y niños de entre 6 y 12 años

A través de la lectura compartida del cuento, esta publicación ofrece a padres y madres una herramienta lúdica para fomentar el diálogo con sus hijos e hijas sobre la prevención y abordaje del acoso escolar, promoviendo un entorno afectivo y de comunicación cálida y positiva que fortalezca el vínculo con ellos y enseñándoles habilidades, conceptos y valores necesarios para poder enfrentarse a situaciones de acoso, saber pedir ayuda a los adultos responsables de su protección y crecer con una idea sana de la convivencia y las relaciones entre iguales.
El cuento es uno de sus medios de expresión natural por lo que es un recurso idóneo que les facilitará la expresión de sus emociones, la comprensión del mundo y el aprendizaje de habilidades y valores.
Este cuento ha sido escrito por una cuentista de prestigio y las ilustraciones han sido elaboradas por una ilustradora con un amplio recorrido en el mundo de la literatura infantil.

Financiado por:

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

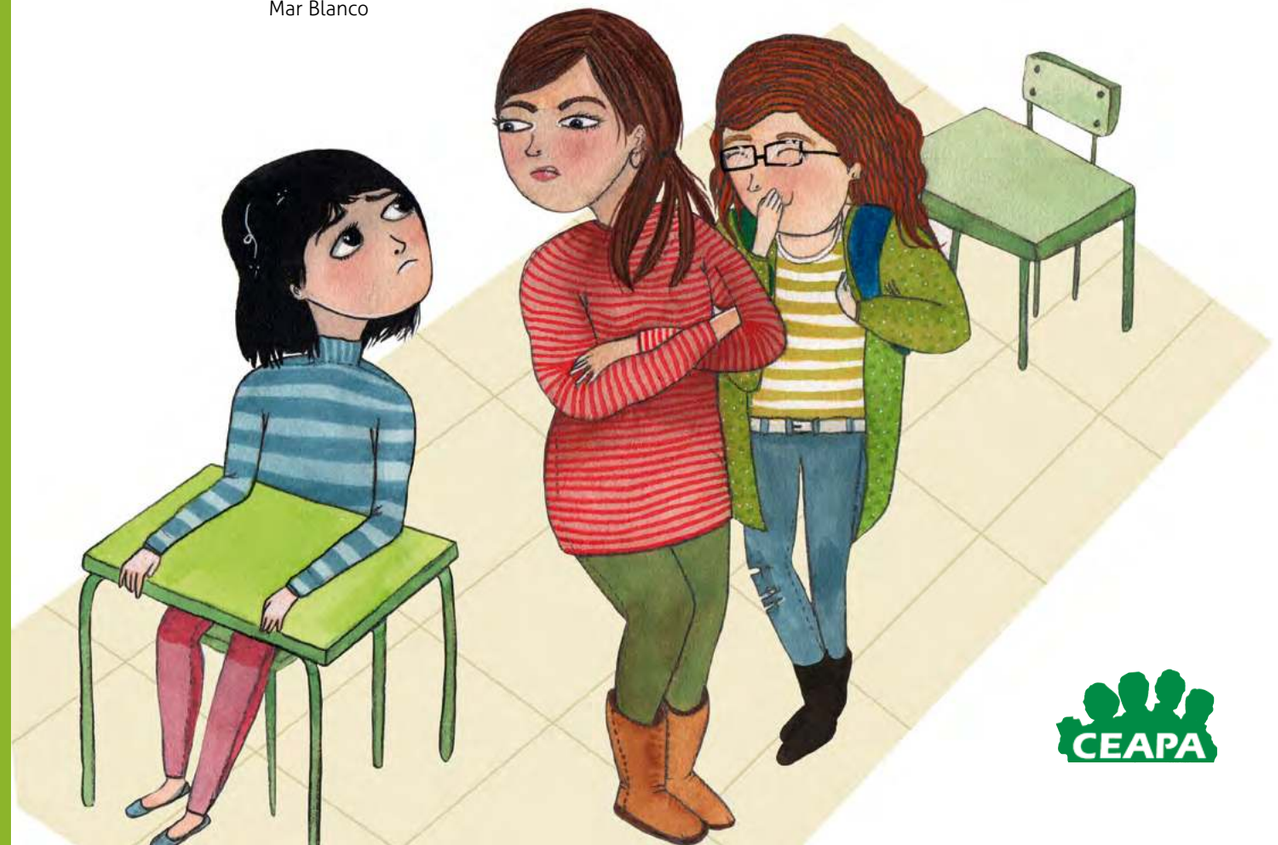
CEAPA

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DEL ALUMNADO
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es

Cortocircuito

CUENTO SOBRE EL ACOSO ESCOLAR

Clara Redondo Sastre
Mar Blanco



CEAPA

Cortocircuito

CUENTO SOBRE EL ACOSO ESCOLAR

CEAPA

Autoría:
Clara Redondo Sastre

Ilustraciones:
Mar Blanco

Coordinan:
Jesús Salido Navarro
Nuria Buscató Cancho
Isabel Bellver Vázquez-Dodero

Edita:
CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:
Diciembre 2015

Maquetación:
IO Sistemas de Comunicación

Imprime:
IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
Jesús Salido Navarro, Elena González Fernández, Leticia Cardenal Salazar, José Luis Pazos Jiménez, Miguel Dueñas Jiménez, Flor Miguel Gamarra, Javier González Barrenechea, Mª del Pino Gangura del Rosario, José Mª Ruiz Sánchez, José Antonio Felipe Pastor, Rafael Melé Oliveras, Mustafá Mohamed Mustafá, Silvia Centelles Campillo, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxío Taboada Arribe, Eduardo Rojas Rodríguez, Camilo Jene Perea, Santiago Álvarez Folgueras, Andrés Pascual Garrido Alonso.

Introducción

Este cuento es un recurso para que padres y madres puedan abordar una situación tan grave y compleja como el acoso escolar. A través de este instrumento lúdico se pretende promover un entorno afectivo y de comunicación cálida y positiva que fortalezca el vínculo con los hijos e hijas y favorezca el diálogo en torno a esta problemática, ya sea de forma preventiva o para abordarlo si ya se ha producido.

El acoso escolar es, sin duda, una de las problemáticas de mayor gravedad en la actualidad que genera una gran preocupación en las familias y en los centros educativos por las consecuencias tan dañinas en el desarrollo de los menores y en el ámbito familiar y social. Por ello, requiere del compromiso y responsabilidad compartida de toda la comunidad educativa y de la sociedad en general.

El acoso escolar o maltrato entre iguales es un tipo de violencia que tiene lugar en el entorno escolar y se caracteriza por la intencionalidad del agresor/a de causar daño a la víctima, la repetición en el tiempo y un desequilibrio de poder entre el agresor/a y la víctima (físico, psicológico o social) que se transforma en un patrón de comportamiento dominio-sumisión. De esta forma, generalmente, el objetivo del agresor/a es demostrar su poder de forma destructiva (con conductas violentas, físicas, verbales o psicológicas) ante un grupo de personas, sometiendo a la víctima, asustándola y amenazándola, contra su dignidad e integridad física o moral.

Además, se añaden otros factores que favorecen su continuación y dificultan su detección son: la ignorancia o pasividad de los espectadores que no intervienen por distintos motivos (proteger al acosador/a, miedo a ser víctimas, a que les llamen "chivatos", etc.), la ley del silencio, ausencia de adultos cuando se produce dificultad de las víctimas para comunicarlo a otras personas, etc.

Los principales protagonistas del acoso escolar son: el acosador/a, la víctima y el espectador/a, este último también participa del acoso al ser observadores, pudiendo ser pasivos o activos. Esta problemática tiene graves consecuencias en el desarrollo integral de todos ellos. En la víctima, tiene efectos negativos en su salud, equilibrio y bienestar emocional y social, autoestima, rendimiento académico, etc., pudiendo derivar, en los casos más graves, en importantes problemas

psicológicos (depresión, fobias, intentos de suicidio, etc.). En los acosadores, se podría reforzar su conducta violenta basada en el abuso de poder, pudiendo asumir este rol en su vida adulta. Y en los espectadores, ya que viven bajo un ambiente de miedo a ser una posible víctima, con posibles sentimientos de culpabilidad y pudiendo desarrollar una actitud de pasividad y de tolerancia hacia la violencia en lugar de empatía y solidaridad.

Por todo ello, es fundamental ofrecer una respuesta conjunta contra el acoso escolar que permita abordarlo desde sus diferentes dimensiones. Algunos de los aspectos que se habrían de tener en cuenta en su prevención y abordaje son:

Desde los centros educativos:

- **Mayor sensibilización y un cambio de mentalidad respecto a la necesidad de denuncia de los casos de acoso escolar.** Es imprescindible erradicar algunas ideas como "son cosas de niños", "siempre ha pasado", "eso no es nada", "así te espabilas", "es un chivato", culpabilización de la víctima, etc. así como la percepción de que un centro que identifica y aborda estos casos es un centro de peor calidad, cuando sería lo contrario.
- **Revisar y fortalecer los programas de prevención e intervención y los protocolos de actuación,** dándolos a conocer a toda la comunidad educativa.
- **Mayor formación al profesorado** para prevenir, detectar y abordar las situaciones de acoso escolar en el alumnado.
- Promover la **cooperación imprescindible entre las familias y los centros educativos.**
- **Fomentar la convivencia positiva en el centro educativo y en el grupo clase y las relaciones entre iguales basadas en el respeto mutuo y la solidaridad,** potenciando el desarrollo de valores (solidaridad, justicia, empatía, etc.) y habilidades (emocionales, sociales y asertivas).
- **Transmitir al alumnado cuándo es una conducta de acoso,** y hacerles conscientes de las consecuencias de sus conductas, poniéndose en el lugar de la persona acosada ya que muchas veces lo perciben como bromas sin importancia, sin darse cuenta de cómo afecta en la víctima.

- **Transmitir al alumnado la importancia de comunicarlo así como la certeza y confianza de que van a ser escuchados,** que se les va a creer cuando lo cuenten y se van a tomar las medidas adecuadas de protección y afrontamiento del problema.

Desde las familias:

- **Si nuestro hijo o hija es acosado/a,** hemos de considerar que probablemente haya intentado ya diversas formas abordar el problema por sí mismo, por lo que puede sentirse deprimido, sin saber cómo enfrentarse a él y con dificultades para comunicarlo a los adultos. Por ello, es importante observarle, atendiendo a sus cambios de comportamiento, de humor, rendimiento escolar, enfermedades leves, etc. Asimismo, promover un clima cálido de comunicación que facilite que pueda acudir a nosotros. En ese momento, mantener la calma y escucharle con atención, recogiendo sus sentimientos, con confianza y comprensión, creyéndole, dándole importancia, sin juzgarle. Es clave transmitirle que puede contar con nuestra ayuda y que no es culpable de lo sucedido, que tiene derecho a ser tratado con respeto y a ser protegido. Además, reforzar su autoestima, reconocer su valía y su esfuerzo al pedir ayuda. Es fundamental proporcionarle seguridad y protección e informarle de nuestras actuaciones. A continuación, comunicar la situación al centro educativo lo antes posible, para que la conozca y establezca las medidas adecuadas para solucionarlo. Es positivo promover el desarrollo de habilidades asertivas, de afrontamiento y protección emocional, etc. así como ofrecerle la oportunidad de ampliar sus relaciones con otros niños y niñas.
- **Si nuestro hijo o hija es espectador/a**, es importante que sepamos que muchas veces se muestran reacios y temerosos a informar de las situaciones de acoso por miedo a que el acosador/a se vaya a volver contra ellos, a que pueda empeorar la situación de la víctima o a que los adultos no les crean. Por ello, nuestro papel será hacerles conscientes de que cuándo se trata de una situación de acoso y transmitirles que el silencio solo empeora el problema y que una persona que lo ha visto y no informa del acoso, se convierte en parte del mismo. Informarles de los derechos de todos a ser tratados con respeto y fomentar la empatía y la solidaridad, haciéndoles conscientes que informar no es ser chivato sino ser solidario.
- **Si nuestro hijo o hija es acosador/a**, es fundamental promover la toma de conciencia de que sus conductas son negativas y de sus consecuencias y que ha de pararlas, sin minimizarlas ni justificarlas. Ayudarle a entender por qué están mal, a que se ponga en el lugar de la víctima, a

mostrar arrepentimiento y a encontrar formas de reparar el daño causado. También habríamos de analizar por qué acosa a otros compañeros en el centro y ayudarle a desarrollar habilidades y comportamientos alternativos y positivos (no basados en la dominación y la violencia), establecer límites educativos, el conocimiento de los derechos y deberes y el fomento del respeto mutuo, tolerancia, solidaridad, empatía, autocontrol, resolución de conflictos, habilidades sociales, emocionales y asertivas, etc. Por último, cooperar con el centro educativo.

Los adultos, bien sea desde la familia o desde el centro educativo, es importante que sepamos que para los niños y niñas es difícil encontrar una solución a los problemas de acoso escolar, por lo que hemos de atender a los cambios en su comportamiento que nos darán la señal de que algo está pasando. De forma general, y también en casos concretos, es importante que **reflexionemos con los niños, niñas y adolescentes** sobre algunos aspectos:

- **Los niños, niñas y adolescentes acosados** habrían de saber que el daño que sufren es una situación injusta por lo que es normal que se sientan tristes, avergonzados y temerosos. Que ellos no tienen la culpa y que tienen derecho a ser tratados con respeto y a ser protegidos. Por ello, es fundamental que lo cuenten a alguien de confianza (un compañero/a o un adulto, la familia o el centro escolar) para que les puedan ayudar.
- **Los niños, niñas y adolescentes que presencian las conductas de acoso** habrían de saber la importancia de su papel ya que ellos, muchas veces, pueden hacer la situación dé un giro y cesen estas conductas. Por eso, es importante que sean empáticos y solidarios con la víctima, sean conscientes de la injusticia y le apoyen a través de la acción. Es normal que sientan miedo o rechazo, por lo que podrían buscar ayuda en otros compañeros o un adulto, sabiendo que eso no significa ser chivato, sino solidario. Además, podrían unir fuerzas junto a otros espectadores/as, ya que si la mayoría mostrara desaprobación, las conductas del acosador perderían su sentido.
- **Los niños, niñas y adolescentes que acosan** a un compañero/a es importante que reflexionen sobre la finalidad de su conducta, por qué necesitan molestar a otras personas para sentirse más fuertes y si pueden conseguir el reconocimiento con conductas alternativas. Asimismo, que reflexionen sobre las consecuencias de su conducta, si son conscientes del daño que pueden causar en la persona acosada, que se pongan su lugar y que sean capaces de mostrar arrepentimiento y reparar ese daño.

Cortocircuito

CUENTO SOBRE EL ACOSO ESCOLAR



Olivia

Todo comenzó un jueves, a la salida del colegio. A punto de empezar las vacaciones de Navidad. Después de salir de clase por la tarde, muchos del instituto nos vamos un rato al parque de las Dunas antes de irnos a casa y ponernos a hacer los deberes. Nos mandan mogollón de deberes y eso no nos gusta nada. Todos los profesores se creen que su asignatura es la más importante. Dicen que en primero de la ESO hay que trabajar mucho más y que ya somos mayores. Qué pesados son. Bueno, pues ese día estábamos en el parque mis amigas de clase y varios más. Nos juntamos allí todos. A ellas y a mí nos gusta hacernos fotos con el móvil y luego las colgamos en instagram y todo eso. Era un jueves cualquiera, sí, pero no creo que vuelva a sucederme nunca más lo que me sucedió aquel día. Tuve suerte por un lado, pero la suerte se transformó en una pesadilla. Que luego se transformó en suerte. Bueno, sigo contando.



Bety y Patri son mis mejores amigas. Las tres estamos mucho juntas, aunque también vamos con otras chicas de mi curso. Los chicos van por su lado porque no les interesan nuestras cosas. O eso dicen. A última hora de aquel jueves habíamos tenido Música, y el profe nos había pedido que escucháramos en casa una música que se llama de *jazz*. Íbamos hablando sobre dónde la encontraríamos. Yo se lo iba a preguntar a mis padres, que escuchan cedés raros de esos que ellos escuchan. Cuando bajábamos la cuesta del parque para irnos, me toqué en los bolsillos y ¡mierda!, no llevaba encima mi móvil. Menudo susto. Menos mal que me di cuenta, porque cuando subí de nuevo la cuesta, allí estaba mi teléfono, tirado debajo del banco donde nos habíamos hecho las fotos, mirándome con ojillos de perdido.
De pronto, algo llamó mi atención unos metros más allá en el suelo. ¿Qué pensáis que era? Jajaja, no os lo vais a creer: un billete de veinte euros. ¡Un billete de veinte euros! Eso es mogollón de dinero. Cuando lo vi, el corazón se me puso a mil, pero a mil por hora, de verdad. Miré alrededor y no había nadie, así que sin pensarlo dos veces corrí a por él y lo pillé rápido junto con un buen puñado de arena. Me lo quedé mirando. ¡Era mi día de suerte! No sé por qué pero eso me recordó a la

fiesta de fin de curso del año pasado en mi colegio. Rifaban una *tablet*. Mis padres habían comprado dos papeletas para ellos, y a mí y a mi hermano mayor nos compraron otras dos, a ver si les dábamos suerte. ¡Y claro que se la dimos! Nos tocó. A mí, concretamente. Jajaja, me acuerdo de mi padre pegando botes en el colegio, porque le encantan las *tablets* y los ordenadores. Dice que una tablet es una puerta abierta al mundo.

Mi padre: «Si me fuera a una isla desierta, me llevaría una *tablet*, un jamón de pata negra y una botella de vino».

Mi madre un poco mosqueada: «¿Y nada más?».

Mi padre: «Y a ti y a los niños, por supuesto».

Mi madre: «Jajaja, venga ya».

Yo, Olivia: «Yo no voy ni loca a una isla desierta, no contéis conmigo».

Mi hermano Lucas: «Ni yo».

Enseguida se hizo un corro de curiosos alrededor de mi padre. Como le encanta llamar la atención, aprovechó el público y se dedicó a contar lo suertudos que éramos, y que de pequeño ganó una bicicleta naranja en un sorteo en un envase de patatas fritas. Yo me moría de vergüenza viendo cómo hacía el ridículo. Mi padre es así.

Bueno, pues allí estaba yo, en el parque, medio tonta acordándome de lo de la *tablet*, y con el billete y la arena espachurrados en mi mano. Me despertó de mi atontamiento Bety, que me gritaba a lo lejos: «¡Oliviaaaa!». Pum pum, pum pum... era mi corazón, entusiasmado. Me metí el billete en el bolsillo y corrí hacia ellas tan rápido y cuesta abajo que casi me parto la crisma. Estaba deseando enseñárselo.

–Tía, qué suerte, ¿no? –me dijo Bety con los ojos muy abiertos cuando lo vio–. ¿Nos invitarás a algo, ¿no?

–No sé...

A ver, me acababa de encontrar ese billete tan azulito y tan rectangular, y no me apetecía gastármelo. Pero ellas me miraban muy contentas.

Claro, pensarían que también habían tenido suerte por ser mis amigas.

–Venga, vale, vamos al quiosco de Juan y os invito a una bolsa de patatas –les dije al fin, porque me acordé de que llevaba un euro en mi mochila.

–Jo, tía, ¿solo una bolsa de patatas? –esa era Patri, que siempre se queja por todo.

–¡Tonta la última! –dije sin contestarla, y salí corriendo a toda velocidad porque tenía un motor de fórmula uno dentro de mí.

Llegamos las tres sudando. El quiosco está a la vuelta del instituto y siempre hay cola para comprar. Juan, el quiosquero, nunca se pone nervioso, aunque haya mucha gente esperando. Es de lo más tranquilo. Él va a lo suyo. Al llegar nos encontramos allí a Agnes y a Sara, dos chicas de mi clase. Como Bety no se puede callar nada, enseguida lo soltó.

–¡Olivia se ha encontrado veinte euros!

–Vaya, qué suerte, ¿no? –dijo Juan.

–No hace falta que lo vayas diciendo todo, ¿eh? –refunfuñó Patri.

Ya le vale a Bety, porque, ahora que lo pienso, se lo puso en bandeja a Agnes.

–¿Ah, sí? –dijo Agnes, que se había dado la vuelta y me miró así muy intenso y me sonrió raro.

Agnes era de mi clase y solo sabía de ella que antes vivía en Alicante y que se tuvo que trasladar a vivir a Madrid. Hacía dos meses que nos conocíamos. No nos hablábamos casi, porque cuando llegó a clase ella se sentó al principio con Sara y las dos se hicieron muy amigas. Siempre iban juntas a todas partes, parecían siamesas.

–¿Nos invitarás a nosotras también, no? –me soltó Agnes, así de repente.

Sara se empezó a reír como si lo que había dicho Agnes tuviese una gracia para morirse, vamos. Y Sara dijo, como un mono de repetición:

«¿Nosinvitarásnosinvitarásnosinvitarás?».

Mis amigas no decían nada, Juan no decía nada porque estaba ordenando revistas sin prestarnos atención, y yo tampoco decía nada. No sabía qué decir.

–Bueno, qué, la chica con más suerte de mi clase nos tiene que invitar a algo –dijo con retintín y se me arrimó tanto que hasta pude oler su colonia de violetas.

–Por qué –pregunté, pero al decirlo me arrepentí.

–Porque lo digo yo –dijo, y se me acercó todavía más, pero enseguida se separó y cambió el tono de voz, en plan simpática–. Venga, qué te cuesta, gástate tu dinero, que tienes mucho y nosotras también somos tus amiguitas.

–No sois mis amigas.

–Uy, qué pena, no somos sus amiguitas –dijo pero dirigiéndose a su siamesa.

En ese momento, menos mal, Juan intervino.

–Oye, oye, dejadla en paz. ¿Esas son formas de pedir las cosas? Si no quiere invitaros, pues que no os invite.

–Por favor, ya que eres tan guapa y tan simpática... ¿nos podrías invitar a tomar algo con ese dinerito que te has encontrado?

Brrrr. Eso me puso furiosa. Quise decirle que me dejara en paz, que ella no sería nunca mi amiga porque me caía mal y apestaba a colonia de violetas. Pero no pude. Sin decir nada de nada de nada, me di media vuelta y me fui de allí. Me ardían las mejillas. Me ardía la cabeza. Me temblaban las piernas.

–¡Niñata! ¿Se lo vas a contar a tu hermanito? –escuché decir a Agnes, pero no me detuve ni miré hacia atrás. Por el rabillo del ojo vi que Patri y Bety venían a mi lado. Menos mal.

–Qué mal rollo, ¿no? –dijo Patri, pero yo no contesté. Quería llegar cuanto antes a mi casa. Al llegar a la plaza de la fuente, nos despedimos, como todos los días. Adiós, adiós.

Mi casa por las tardes es muy silenciosa porque solo estamos mi hermano Lucas y yo, y cada uno en su habitación, estudiando o lo que sea. Pero cuando mis padres llegan de trabajar, a las siete o así, se transforma en una fábrica de ruidos, lo digo de verdad, es que cuando llegan ellos se acabó el silencio, lo llenan todo con preguntas, qué tal el día y todo eso, y sin pedir permiso ponen la música demasiado a tope. La música es alegría, dicen. Ellos son así. Ese día nada más llegar, mi madre entró en mi habitación y me pegó un achuchón, y mi padre entró detrás y, como siempre, me preguntó.

–¿Qué tal mi chica?

Seguro que él pensaba que todo bien, que era lo que le contestaba todos los días...

–¿Terminaste de estudiar? ¿Ponemos musiquita? –preguntó pero sin esperar respuesta porque enseguida salió de la habitación para ir al salón y poner un cedé. Empezó a sonar Jorge Pardo, que le chifla a mi padre y lo hemos escuchado millones de veces. La música del saxofón se coló por toda la casa. Era demasiado complicado ponerme a contar lo que me había pasado, así que lo dejé pasar.

Sara, amiga de Agnes

16 de diciembre

Hoy ha sido un día muy especial. Todos los de la clase me han cantado el cumpleaños feliz en clase de mates. Me gustaría celebrarlo y hacer una fiesta en el local de mis padres. Se quitan las sillas y cabemos todos. Pero se lo he contado a Agnes, y ha dicho que mejor lo celebramos las dos solas. Bueno, es mi mejor amiga, también me gusta celebrarlo con ella.

18 de diciembre

Me gusta que Agnes quiera ser mi amiga. Con ella no me puede pasar nada. Es tan fuerte. Menuda la que se ha montado hoy a la salida del instituto, en el quiosco de Juan. Casi me parto de la risa. Agnes quería que Olivia nos invitara a algo. Es que se había encontrado veinte euros. Pero Olivia no ha querido. Nos tenía que haber invitado. Si yo me encontrara veinte euros, invitaría a todo el mundo. Pero ella no. Es una egoísta.

Después de lo del quiosco hemos ido a casa de Agnes y hemos sacado a su perro a pasear un rato. Me gusta tirarle la pelota y que me la traiga a los pies. Me gusta Elvis. Es tan mono y tan suave.

Agnes

Agnes está delante de su tazón de leche y ocho galletas que le ha preparado su padre. A los pies de la silla, Elvis, su perro. Coge una galleta, la sumerge en la leche y observa cómo flota, le da un empujoncito hacia abajo y se hunde. Y luego otra, luego otra, luego otra, así hasta que la leche rebosa el tazón. No le importa que cada vez sea más grande la mancha que está creciendo en el mantel.

–¿Pero qué haces? –Es su padre, que ha entrado en la cocina–. ¿No ves que estás ensuciándolo todo?

Agnes no contesta. Su padre enciende la radio, como todos los días a la misma hora, y empieza a sonar un villancico. Coge la bayeta, levanta la taza y limpia la leche del mantel. Luego trastea por la cocina y le prepara a Agnes un bocadillo.

–No llegues tarde a clase, ¿eh? Me voy al ordenador. Y sé buena, ¿eh? Aquí tienes tu bocata para el recreo. Avísame cuando te vayas –le dice y sale de la cocina.

Agnes coge una galleta, se agacha y abraza a Elvis como si fuese un peluche.

–Toma, chuchito mío, ¿quieres una galleta? Pero no se lo digas a nadie, que luego me regañan.

Elvis mueve el rabo y se come de un bocado lo que le ha dado su dueña. Se queda mirando a Agnes como diciendo dame más, dame más. Elvis sí que la comprende. Es el único que la comprende.

Agnes apenas lleva tres meses en Madrid. Llegó en septiembre, para empezar el curso en el instituto. Su madre es la dueña de una cadena de ropa muy importante y, según ella, por fin había llegado el momento de abrir una tienda en la capital. «La franja de beneficios está por debajo de la ratio de inputs y outputs y tenemos que ser proactivos al cambio». Con este argumento que no entendían, su madre quiso

convencerlos, a su padre y a ella. Bueno, y con este otro: «Será bueno para todos, ya veréis». Se mudaron, sí, pero con la oposición de Agnes. Dejó en Alicante a sus tíos, primos, abuelos, el colegio, a sus amigos, a su profesora de canto, al panadero de los bollos ricos, el mar. Estaba enfadada con todos y con todo. Y lo que le sucedió a los pocos días de llegar no mejoró mucho la situación, más bien acabó de rematarla. Agnes era asidua a las revistas para adolescentes, o sea, para chicas de su edad. Y desde que descubrió el quiosco de Juan, iba a menudo. Para ella era el paraíso. Revistas, chucherías. Y además le gustaba que Juan no le preguntaba cosas absurdas. No como su padre, que estaba todo el día encima de ella. No lo soportaba.

Una tarde, al mes o así de empezar el instituto, Agnes se presentó en el quiosco a comprar su revista favorita, *Somos las mejores*. No quería romper la costumbre de comprarla, como hacía cada quince días en Alicante.

–Hola, Agnes. ¿La de siempre? –preguntó Juan.

–Sí.

–Espera un instante, que termino de poner estas de aquí. Con el aire que está haciendo, todo se me descoloca.

Agnes buscó con la mirada la revista y la localizó enseguida. Mientras esperaba, vio que venía hacia ella un chico en el que ya se había fijado antes. Lo veía por las mañanas al entrar a clase. Por qué no decirlo: se puso nerviosa. Parecía que venía a decirle algo a ella... Pero no. Como si ella no estuviera, se dirigió a Juan.

–Hola, Juan.

–Hombre, Lucas. ¿La de siempre también?

–Sí, la de siempre.

Juan dejó de ordenar y cogió *Somos las mejores*.

–Toma, Agnes. Son dos cincuenta.

Se tocó los bolsillos y ¡mierda! no llevaba el dinero. Se lo habría dejado encima de la mesa o lo habría perdido. Notó que se ponía toda

colorada porque este tal Lucas la estaba mirando, seguro que la estaba mirando.

–Eh... no llevo suficiente –dijo sin que se la escuchara apenas.

–Bueno, no te preocupes. Lucas, tú se lo puedes prestar, que Agnes va a la clase de tu hermana Olivia.

Sin que a Agnes le diera tiempo a decir nada, Lucas contestó.

–Qué dices. Yo no financio revistas de esas para niñatas.

Agnes sintió un calor explosivo que le subía desde el estómago hasta la garganta, pero no pudo decir palabra. Se quedó inmóvil, como la estatua de un parque.

–Era una broma, hombre –dijo Juan riéndose–. No pasa nada, Agnes, ya me lo traerás mañana. Toma, tu revista.

Agnes la cogió y sin decir adiós ni gracias ni nada de nada se esfumó de allí. Mirando fijamente las baldosas del suelo, pisaba fuerte el

asfalto, como si quisiera dejar allí marcada su huella rabiosa. «Mierda, soy idiota, soy idiota...». Cuando ya estaba lejos del quiosco y no podían verla, con todas sus fuerzas pegó una patada a un coche rojo que... le hizo polvo el pie.

***

Agnes se va al instituto sin despedirse de su padre. A la entrada la está esperando Sara para entrar juntas a clase. Agnes disimula contándole cualquier cosa, ella siempre quiere que le cuente cosas y se ríe, porque ella sí que es una amiga de verdad. Disimula. No quiere entrar todavía. Está esperando a que sean las ocho y veinticinco, hora en la que llega Lucas con su mochila a la espalda y con esos andares de roquero. Lleva el pelo sin peinar y una chupa de cuero. Desde que pasó lo del quiosco, todos los días es igual. Se miran. Él pasa de largo, y ella le tiene reservada una mirada de esas que dan miedo, o que deberían darlo. Pero hoy no es cualquier día, está muy tenso por lo que pasó ayer con Olivia. Ahí llega Lucas. Efectivamente, pasa de largo. Las ocho y media. Agnes entra en clase buscando con una mirada furiosa a la hermana de Lucas.

Durante las tres primeras horas, Agnes no está en clase. O sea, sí que está, pero su cabeza anda muy lejos de allí. No necesita atender mucho al profesor porque al llegar a casa, como todos los días, repasará sin dificultad las asignaturas que correspondan, su padre le preguntará la lección sin dejar una sola línea sin preguntar, y ella contestará muy bien a todo lo que le pregunte porque es muy lista y lo sabe, y todos se quedarán tan contentos y felices. Qué lista es nuestra hija, y qué trabajadora, y qué bien se ha adaptado al nuevo instituto y a la nueva ciudad. Eso es lo que piensan de ella sus padres. Su madre trabaja hasta tarde, y su padre, que no tiene amigos en Madrid, no tiene más ocupación que atender a Agnes y buscar trabajo por internet.

Lleva ausente las tres horas de clase, pensando. Pensando. Y cuando sale al patio en el recreo, ya está con las pilas cargadas y con ganas de encontrarse con Olivia. Ya la ha localizado. Sabe en todo momento dónde está y con quién. Así que aprovecha el instante en que se ha quedado sola (porque ha ido a tirar un papel a la papelera) para ir hacia ella. Sara va detrás.

–¡Eh, tú! Estarás contenta por lo de ayer. ¿Se lo contaste a tu hermanito?

–¿El qué? –contesta Olivia–. No me acuerdo.

–Aquí la niñata esta tiene mala memoria –dice mirando a Sara, como si Olivia no existiera.

–Déjame en paz, ¿vale? –dice Olivia mirando para todos los lados buscando a sus amigas.

–Te dejaré en paz cuando me des esos veinte euros. Son míos. Se me perdieron ayer.

–No son tuyos.

–Como no me los des, le voy a decir a todo el mundo que eres una ladrona y que no me quieres devolver mi dinero. ¿Verdad, Sara, que son míos los veinte euros?

Sara ríe la broma y enseguida rompe el silencio.

–Venga, vámonos, que se nos acaba el recreo.

–Niñata –sigue Agnes y señala a Olivia con el dedo índice–, ya lo sabes. Mañana quiero aquí ese billete.

–Venga, vámonos –insiste Sara.



Cuando ya están al otro extremo del patio, Agnes mira para atrás y ve allí a lo lejos a Olivia, clavada en el mismo sitio donde la ha dejado, como si fuera una estatua de arena que está a punto de deshacerse.

Olivia

El último día antes de irnos de vacaciones de Navidad, tenía que hacer la presentación del trabajo sobre el *jazz* que nos había mandado el profe de Música. Iba a ser después del recreo. Y era mi turno, porque los demás ya habían expuesto días antes. Mi padre es un forofo del *jazz*, y me había obligado a escuchar a un montón de trompetistas, pianistas y saxofonistas antes de que me pusiera a escribir. Yo ya los había escuchado otras veces, pero fue entonces cuando supe que eso que tocaban se llamaba *jazz*. El Power Point me había salido genial. Lo llevaba guardado en mi *pendrive*. Y el *pen* en mi mochila.

Salimos al recreo y busqué a Agnes. Después de lo que me había dicho aquel día de que le diera los veinte euros, tenía miedo de ella.

Como no le había llevado el dinero, todos los días me encontraba en mi cajonera un papelito que decía siempre lo mismo: «Ladrona». Unas veces escrito a mano, otras a ordenador, y otras con recortes de letras de periódicos, como salía en las películas cuando un asesino en serie mandaba anónimos a su próxima víctima. La palabra «ladrona» me perseguía por todos los lados. También en el recreo. Ese día, cuando salí al patio, no estaban ni Sara ni Agnes. Aunque solo fue durante un rato, porque al poco las vi a lo lejos. Venían hacia mí. Agnes delante y Sara atrás. Yo estaba con mis amigas, por eso pensé que no me podía pasar nada. Pero venían hacia mí. Cada vez más cerca. Cuando pasaron por mi lado, Agnes hizo como que se chocaba conmigo sin querer.

–Ay, perdón. Cuidado, no vayas a perder la cabeza –me dijo con su olor a violetas.

Yo no entendí el significado de sus palabras y ellas siguieron su camino riéndose, como lo hacían habitualmente. Nadie pareció darse cuenta de nada. Como siempre hay personas que mientras juegan en el recreo se chocan y se tropiezan y eso, pues todos pensarían que fue sin querer. Pero yo sabía que no. Y no tenía ganas de explicárselo

a nadie. Ni a mis amigas, que se lo estaban pasando genial jugando al balón prisionero.

Cuando entramos a clase, el profe de Música me dijo que era mi turno. Abrí la mochila, pero allí no estaba. Tardé poquísimo tiempo en darme cuenta de que Agnes me había robado el pen. Y no me atreví a decir nada. Ni a mirarla siquiera. Sentí que todo el mundo tenía los ojos clavados en mí, y eso me hacía daño. ¿Qué me estaba pasando? Se me volvieron a poner calientes las mejillas, caliente la cabeza, y me volvieron a temblar las piernas, tanto tanto que me tuve que sentar porque parecía que me iba a desmayar. El profe me dijo que no pasaba nada, que después de vacaciones lo podía exponer. Que estuviera tranquila. Sí, tranquila. Cómo iba a estar tranquila. Ese día y en ese instante, algo me hizo crak por dentro.

Cuando acabaron las clases, huí del instituto todo lo rápido que pude. Mientras los de mi clase se despedían y se contaban lo que iban a hacer en Navidades, yo me escabullí sin que nadie me viera. No me apetecía despedirme de nadie, ni ver a nadie. No me apetecía nada. Pero al pasar por el quiosco de Juan (paso todos los días por delante),

me chistó y tuve que pararme.

–¿Eh, antipática? ¿Es que no dices ni adiós?

Me quedé parada y en silencio. Miré hacia atrás por si venía alguien conocido. Y, lo peor, por si venía Agnes.

–¿Te persigue un lobo o qué?

En ese momento pensé que Juan leía mi pensamiento y por un instante quise acercarme a él y contarle. Pero fue un instante de nada, porque enseguida sentí mucho miedo de que pensara que yo era de verdad una ladrona. El coco no me funcionaba nada bien, está claro.

–Adiós, Juan –me despedí, aunque no sé si me escuchó porque ya me había dado la vuelta para seguir mi camino. Me temblaban las piernas.

–¡Olivia! –Cuando me di la vuelta me estaba mirando fijamente a los ojos y me señalaba con el índice–. Cuídate, ¿vale? ¿Me lo prometes?

***

Necesitaba las vacaciones.

Sin embargo, las vacaciones de Navidad se convirtieron en un infierno. No vi a Agnes en persona durante todos esos días, pero eso no quiere decir que no la tuviera presente. Y muy presente. Porque se dedicó a mandarme mensajes al móvil. Todos los días uno: al levantarme y al acostarme. Y siempre era lo mismo: «Ladrona» por la mañana, y «Te vas a enterar de quién soy yo» por la noche. ¿Cómo se hizo con mi número de teléfono? Alguien había propuesto abrir un grupo con todos los de la clase. Bueno, con los que tenían móvil porque a algunos no se lo habían comprado todavía. Pero a casi todos sí. O sea, que éramos un montón en el grupo. Agnes incluida. Y parecía que tenía dos personalidades: al grupo mandaba mensajes graciosos y todos le reían las bromas. Pero a mí... a mí siempre me decía por privado: «Ladrona» y «Te vas a enterar de quién soy yo».

Durante esas Navidades, no salí casi a la calle, solo cuando me obligaban mis padres. Me daba miedo. Todo me daba miedo. Hasta meterme en la cama y quedarme dormida. Porque una pesadilla se me repetía: me asomaba por la mirilla de una puerta y veía al otro lado un jardín como el de la peli de la fábrica de chocolate. Todo

de muchos colores, y los árboles y las flores y los puentes, todo era como de caramelo y mazapán, y el río era de chocolate. Pero cuando yo entraba, empezaba a derretirse y mis pies se quedaban pegados al suelo y no podía andar y me iba hundiendo poco a poco mientras escuchaba la voz de Agnes en mi oído: «Ladrona, eres una ladrona». Lo pasé fatal durante esos días. Pero fatal. Me levantaba por las mañanas cansada y con la sensación de que me pesaban los pies; claro, me había pasado toda la noche intentando sacarlos del fango de caramelo derretido y chocolate espeso... Qué mal.

Todo ese agobio me lo guardé para mí. No sé por qué no se lo conté a nadie. Podía habérselo contado a mis padres. Me hubieran ayudado. Ellos no hacían más que preguntarme que qué me pasaba, que tenía mala cara, con ojeras, y que me había olvidado de reír. Me proponían ir al cine, al Rastro, ver las luces de Navidad... Todo lo hacían por mí, ahora lo sé, pero en ese momento me fastidiaba que estuvieran todo el rato encima de mí, yo no quería contarles lo que me estaba pasando, porque no sabía si me estaba pasando algo o era solo una chorrada. Total, nadie me había hecho nada, ni me había pegado un bofetón ni nada de eso.



Hasta mi hermano se dio cuenta de que algo iba mal. Un día me dio un susto de muerte cuando entró en la habitación por sorpresa, sin llamar ni nada. Y es que justo acababa de recibir en mi móvil un mensaje de Agnes e imagino la cara que se me quedó mirando la pantalla.

–¡Qué te pasa? –me preguntó y yo pegué un brinco–. Pareces una lechuga pocha. ¿Tienes algún problema?

–No –eso fue todo lo que le pude contestar.

–Sabes que me lo puedes contar, ¿no?

Nada. Tampoco mi hermano consiguió que le contara. Y así, sintiéndome una lechuga pocha, llegué al primer día de instituto después de las vacaciones de Navidad.

Agnes

A Agnes lo de los anónimos le hacía subir su adrenalina. Y más después de un sueño como el que tuvo la noche pasada: salía de su colegio de Alicante e iba sola por una calle que no conocía. Llegó a una plazoleta. Le dio un vuelco al corazón porque vio a lo lejos a su amigo del alma, Mikel. Habían ido juntos al cole desde pequeños. Él estaba de espaldas. Ella salió corriendo. Le pesaba la mochila. Quería darle una sorpresa. Se abalanzó y se le subió a la espalda. «¿Mikel!», gritó entusiasmada. Pero no. Aquel chico no era Mikel. Cuando se dio media vuelta, era Lucas. Unos chicos que estaban cerca de Lucas y que parecían sus amigos estallaron en carcajadas, que se volvieron muy estridentes, y a ella le dolían los oídos. Se empezó a hacer más y más pequeña. Le ardían las mejillas. Le ardía la cabeza. Le temblaban las piernas. Entonces, se despertó.

Para el primer día después de vacaciones, y con este sueño todavía en su cabeza, había preparado dos anónimos. Uno decía: «Bienvenida». Y otro se lo puso después del recreo y decía «Ladrona». Le gustaba ver cómo Olivia lo primero que hacía nada más llegar a clase era mirar en su cajonera. Estrujaba el papel y lo metía en el bolsillo. Era su manera de vengarse de Lucas. Quería llamar la atención de Lucas, aunque fuera fastidiando a tope a su hermana.

Al día siguiente, Agnes esperaba una reacción de Lucas. Algo. ¿Es que su querida hermanita no le había contado nada a nadie? ¿Ni a sus padres ni a su hermano? Pero todo pasó como pasaba todos los días: a las ocho y veinticinco llega Lucas, y Agnes lo ve llegar. Lo mira. Lucas la mira. Pasa de largo. Entra rabiosa a clase seguida por Sara, que le pregunta que qué le pasa, que tiene mala cara. De mala cara nada, lo que tiene es el estómago ardiendo de la rabia y su reacción no se hace esperar. Solo era necesario que llegara el recreo y que saliera todo el mundo al patio, salvo ella. Bueno, ella y Sara, a la que pidió que se quedara allí para que viera lo divertido que iba a ser la broma que le haría a Olivia. Cogió todos los bolígrafos que encontró por encima de las mesas, sacó los canutillos de la tinta, y los fue abriendo uno a uno al tiempo que iba derramando el contenido dentro de la mochila de Olivia. La tinta se empezó a escurrir como una serpiente enfadada buscando empapar todo lo que encontraba a su paso. Cuadernos, libros, su chaqueta blanca... Todo quedó lleno de tinta en un momento. Sara observaba entre divertida y asustada por si alguien entraba por la puerta y las pillaba. Pero nadie apareció y, después de terminar su faena, salieron como si nada, cada una con su bocadillo en la mano.

Cuando llegó Olivia a clase, Agnes estaba ya sentada en su pupitre, esperando a ver su reacción. Olivia abrió su mochila y se quedó paralizada un momento, pero no dijo nada. Aunque a la siguiente hora de clase la vieron salir. Su hermano vendría a por ella porque de repente le había empezado a doler mucho la tripa. Agnes sonrió satisfecha.

Sara

9 de enero

No sé. No me gusta que Agnes se meta todo el rato con Olivia. Al principio me divertía. Agnes es muy graciosa y me gusta que quiera ser mi amiga. Me lo paso bien con ella. Pero no me gusta cuando le hace esas bromas a Olivia. Lo de la tinta de hoy no ha estado bien. Estábamos cagadas pensando que alguien podía entrar y descubrirnos. He pasado mucho miedo.

10 de enero

Hoy Olivia no ha venido a clase. Esto ya no es divertido porque seguro que fue por lo de ayer de la tinta. Agnes me ha llamado esta tarde para

salir a pasear con Elvis, pero le he dicho que no podía, que tenía dentista, aunque era mentira.

Olivia

Ya habíamos vuelto de vacaciones de Navidad, y lo que me encontré en el instituto fue peor de lo que dejé. Al llegar a clase, ya me puse a temblar, porque sabía que debajo de mi mesa habría una nota. Y sí, allí estaba. Pero me sorprendió lo que decía: «Bienvenida». Incluso llegué a pensar que Agnes se había arrepentido de fastidiarme tanto y quería hacer las paces conmigo. Qué tonta. Cuando volví del recreo encontré otra que decía lo mismo de siempre: «Ladrona». Como si me hubieran dado una patada, me empezó a doler el estómago a lo bestia, aunque intenté disimular. Cuando no pude disimular fue al día siguiente...
Lo de volver del recreo, abrir la mochila y encontrarme con todos los libros y mi chaqueta manchados de tinta me hizo perder las fuerzas, las pocas que tenía, y al rato dije que me encontraba fatal y que llamaran a mi hermano, que vino a buscarme y me llevó a casa.



Estuve dos días sin ir a clase. Las cosas seguían igual. Yo cada vez me sentía peor. Lo de los veinte euros era como si nunca hubiese sucedido y Agnes se hubiera olvidado del dinero, porque no me lo pedía pero la había tomado muy en serio conmigo, no me dejaba de observar y siempre tenía algo malo preparado para mí. Y así pasaron las semanas, una detrás de otra, y algunos meses, sin que nada cambiara.

Hasta que un día sucedió algo importante. Era el mes de abril. Estábamos en casa solos, Lucas y yo. Mi hermano me pidió el favor de que fuera al quiosco a comprarle una revista. Yo sabía que lo hacía para que yo saliera, porque no quería salir; me daba miedo encontrarme con Agnes. Le dije que no.

–Venga, vente conmigo. Vamos los dos.

–No. Vete tú.

–Venga, que te invito a unos chicles de esos que te gustan –me dijo mientras me guiñaba un ojo y me daba una collejita, que es su manera de decirme que está de buen humor conmigo.

Me fui con él. Juan estaba colocando sus revistas y periódicos, que

por cierto estaban cada una en su sitio. Siempre que lo veo está ordenando, como si una mini corriente de aire le descolocara las cosas cada segundo y tuviera que ordenarlas de nuevo.

–Hombre, Olivia –dijo cuando levantó la vista–. ¿Cómo estás?

–Bien –le dije sabiendo que era mentira.

–Últimamente no te veo muy contenta, ¿no? ¿Has solucionado lo tuyo?

–¿Por qué? ¿Qué tiene que solucionar? –preguntó Lucas sorprendido, claro, y yo quería convertirme en hormiga y esconderme debajo del quiosco.

–Nada, nada, son cosas nuestras –me salvó Juan–. Bueno, qué querías, Lucas.

–El número de este mes de mi revista –dijo, pero no muy convencido, se le notaba preocupado.

–Aquí tienes tu *Rock and Roll.*

–Gracias. Venga, vamos, Olivia –me dijo mi hermano. Pero Juan estaba claro que quería hablar conmigo y se inventó una trola.

–Deja a la chica, que necesito urgentemente ordenar estas revistas de aquí, las de juguetes. ¿Me ayudas, Olivia?

No pude decir que no. Cuando mi hermano se marchó, Juan siguió a lo suyo como si yo no estuviera.

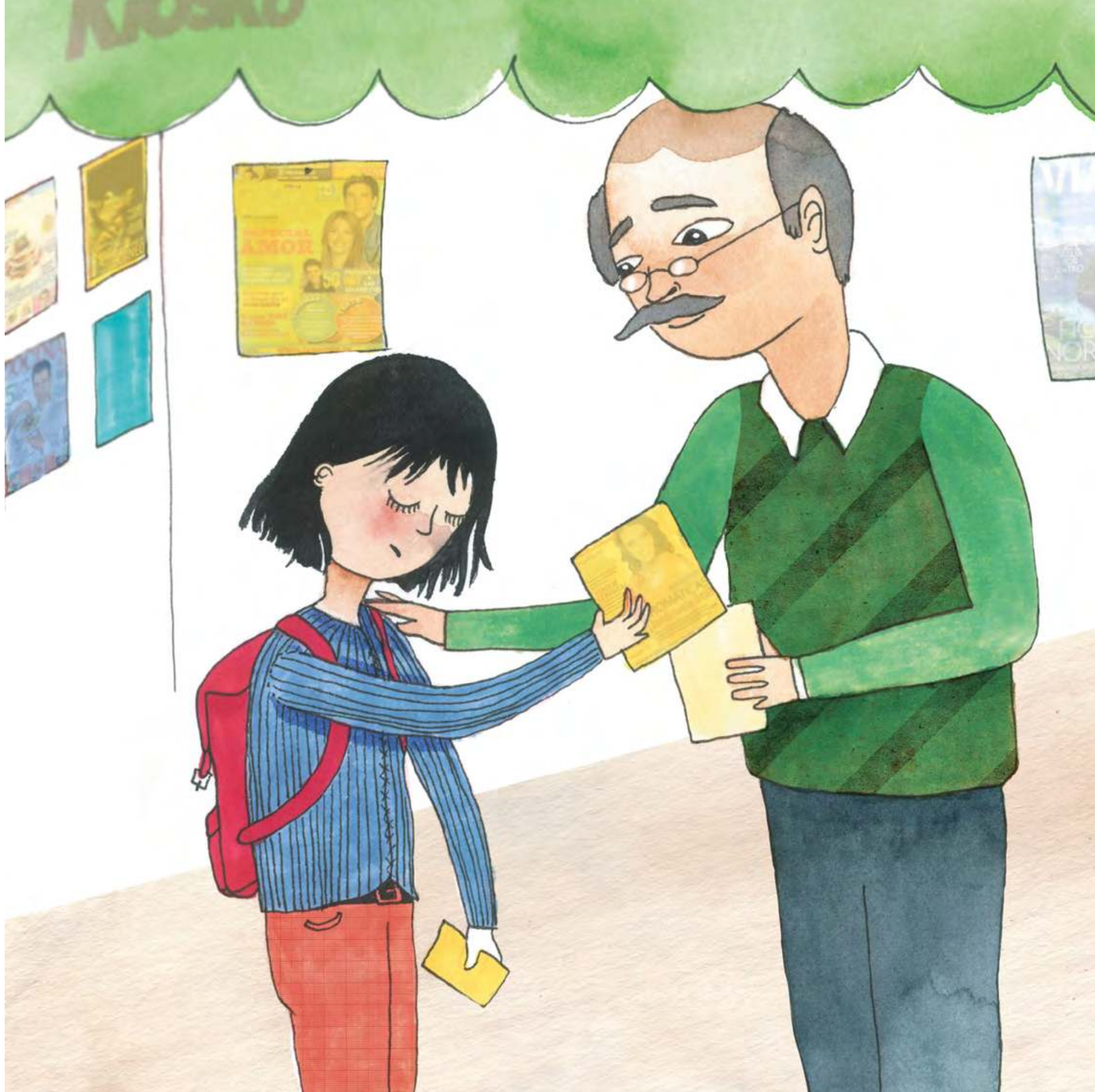
–Bueno, qué.

Me quedé más parada todavía de lo que estaba, teniendo en cuenta que ni me había movido del sitio.

–Pásame esas revistas de ahí, que las tengo que cambiar de sitio. ¿No me vas a contar qué pasa?

Estaba claro lo que me estaba preguntando, pero yo no tenía palabras. No las había tenido hasta ahora con mis amigas, a las que nunca les dije nada de lo que me estaba pasando. Ni a mis padres ni a mi hermano ni a nadie.

–Venga, muévete y pásamelas –insistió. Se las di–. Mira, Olivia. ¿Sabes qué? Que tú vales mucho. No puedes permitir que nadie te haga daño. ¿Me entiendes? –Levantó la cabeza y se me quedó mirando–. ¿Entiendes lo que te digo? Toma, estos periódicos van allí, en esa esquina.



Y eso fue todo. Al minuto me dijo que ya podía irme, que muchas gracias por mi ayuda y que tuviera muy en cuenta lo que me había dicho. Cuando volvía a casa, me sentía más ligera y respiraba mejor, como si me hubiesen puesto una mascarilla de esas de los aviones para cuando hay una emergencia. Por el camino me fijé en que había algunos árboles a los que les estaban saliendo ya las hojas verdes.

Agnes

A finales de abril ya empieza a hacer calor y los días son... son igual de largos, tienen veinticuatro horas, pero hay más horas de luz. Y algo sucedió un día de esos largos de abril. Un jueves por la tarde. Agnes estaba en el parque con Elvis y con Sara. En el mismo parque en el que aparecieron los veinte euros. De repente, un perro grande que estaba sin correa se acercó a Elvis. Vino de frente, y es que cuando un perro se acerca a otro por delante significa que quiere dominarlo. Elvis bajó el rabo. Y el otro empezó a gruñir, al principio no se le escuchaba casi, pero de pronto se abalanzó sobre Elvis y le empezó a ladrar con

tanta furia que incluso los que andaban por allí se asustaron. Elvis se acurrucó temblando a los pies de un árbol mientras el perro enorme lo tenía acorralado a ladridos. Agnes, al ver aquello, tardó apenas un instante en reaccionar y se fue corriendo hacia ellos. Intentó espantar a ese perrazo, pero no se dejaba, él seguía a lo suyo. Cuanto más gritaba ella, con más rabia ladraba y más temblaba Elvis. Hasta que por fin apareció el dueño y, con un potente silbido, hizo que su perro reaccionara y saliera corriendo hacia él. Agnes se agachó y abrazó a Elvis, que tenía una temblequera de aúpa. Luego se levantó y le gritó al chico, más que enfadada.

–¿Tu perro está loco o qué? ¿Es que no has visto que por poco mata al mío?

–Perdona, intentaré que no vuelva a pasar –dijo él mientras ataba al perro y, sin hacer caso de Agnes, que buscaba pelea, se dio media vuelta y se marchó.

Sara, que lo había visto todo, sintió que eso que acababa de ocurrir había provocado un clic dentro de ella.

Sara

18 de abril

Tengo que hacer algo. Hoy un perro ha atacado a Elvis cuando estábamos en el parque y me ha dado mucha pena el perro, y es que siento lo mismo que cuando Agnes se mete con Olivia. Se me sube una cosa aquí en el estómago y no sé qué hacer. Tengo que hablar con alguien. Pero no sé con quién. No quiero que Agnes se enfade conmigo.

22 de abril

Menos mal que está Juan. Hoy, cuando pasaba por el quiosco, Juan me ha parado. Me ha preguntado que qué me pasa. Yo he dicho que nada, y él que sí, que me pasa algo y que tengo que solucionarlo. Al principio me he hecho la tonta. Pero luego ya no. Porque me ha dicho algo que es verdad. Que el que mira y no hace nada tiene la misma culpa que el que hace daño. Me he asustado mucho. Es como lo de Elvis. Está claro que habla de Agnes y de Olivia. Y de mí, porque yo también estoy. No sé, cuando me ha dicho esto no me atrevía ni a mirarlo, me daba vergüenza, aunque él tampoco me miraba, solo tocaba las revistas pero sin moverlas de sitio.

Agnes

Era finales de abril, que es un mes perfecto para que ocurran cosas buenas. Agnes y Sara estaban sentadas en el parque, y Elvis olisqueaba por aquí y por allá, pero muy cerquita de ellas. Hacía como una semana del ataque de aquel perro, y Agnes miraba inquieta a un lado y a otro.

–Como vea al perrazo ese, es que me lo cargo.

Sara estaba callada. Pensativa. No tenía nada que decir. O más bien quería decirle algo a su amiga, pero no se atrevía. Últimamente le habían pasado algunas cosas que le habían hecho ver lo injusto y lo absurdo de la situación. De la situación con Olivia, claro.

–Es que como lo vea...

Y, como si la hubiera escuchado, zas, allí a lo lejos apareció el perrazo ese al que Agnes no quería ni ver. En un acto reflejo, se levantó de un brinco.

–¡¿Pero qué haces? ¡Lárgate! ¡Llévate a tu perro de aquí! –se puso

a gritar mientras hacía aspavientos con las manos y salía como una flecha corriendo hacia el perro y el dueño, parecía un terremoto viviente.

Al ver a su dueña gritando y al perro de la otra vez, Elvis se asustó y, de un brinco, salió también corriendo, pero en dirección contraria, tan rápido como solo los perros asustados saben hacerlo.

Cuando Agnes terminó de discutir con el dueño del perro, con el perro y con Sara (que quería decirle que Elvis se había ido), por fin se volvió hacia su amiga, miró por el suelo buscando a su perro y en un segundo comprendió lo que pasaba.

–¡Mierda! ¡Soy imbécil! ¡¡Elvis!! ¡Elvis! ¿Dónde estás?

Se llevó las manos a la cabeza y en su mente lo imaginó gimiendo y temblando en algún rincón oscuro. Quiso con todas sus fuerzas abrazarlo y protegerlo, y hacerle todas las caricias del mundo. Sin saber para dónde echar a correr, el grito de Sara la devolvió a la realidad.

–¡Agnes! ¡Despierta! ¡Se ha ido por allí! ¡Vamos!

Agnes con Sara detrás corrieron lo más rápido que nunca habían corrido. Iban mirando para todos los lados y llamando a gritos a Elvis. A Agnes no se le quitaba de la cabeza la imagen de su perro acurrucado, temblando de miedo y sin protección. Después de «peinar» la parte de arriba del parque, bajaron a la zona de los bancos, donde solían estar los amigos del instituto. Y ¡sorpresa! Allí a lo lejos estaba Elvis. Pero no estaba acurrucado ni gimiendo. La casualidad, los astros alineados, la luna llena de la noche pasada, la buena suerte o tan solo el instinto del perro... pero algo fue lo que llevó a Elvis precisamente hasta Olivia, que estaba con sus amigas allá abajo. Esta era la escena: Olivia abrazada a Elvis, que temblaba de miedo. Bety y Patri agachadas también acariciando al perro. Agnes y Sara corriendo hacia ellas... Algo estaba a punto de pasar.

–¡Pero qué haces! ¿Qué le estás haciendo a mi perro? ¡Suéltalo!

Estaba claro que lo que acababa de decir Agnes no pegaba ni con cola con lo que estaba ocurriendo allí. Pero Agnes no estaba para pensar ni para dar marcha atrás ni para hacer amigas. Solo quería abrazar a su perro.

–¡Elvis! ¡Ven aquí, chuchito mío!

Y Elvis se deshizo del abrazo de Olivia para pasar al de Agnes, que lo estrujó con tal fuerza que parecía que el perro se iba a quedar sin respiración. Cuando ya Agnes se convenció de que lo que tenía entre sus brazos era de verdad su perro y que lo había recuperado y que estaba en perfectas condiciones, lo soltó y cambió el gesto de su cara.

–¡¿Por qué has cogido a mi perro?! No lo vuelvas a tocar.

Y aquí, por primera vez desde que comenzó esta historia, Sara por fin se atrevió a hablar. Tampoco es que dijera mucho, pero fue suficiente.

–Venga, Agnes, ¿no ves que Elvis está bien?

Las palabras de Sara descolocaron a Agnes, que no estaba acostumbrada a que su amiga la replicase. Entonces (¡bien!), intervino Olivia.

–Ahí tienes a tu perro. Sano y salvo. ¿Qué crees? ¿Que me lo voy a llevar? No soy una ladrona, que lo sepas.



El perro se había acercado de nuevo a Olivia y olisqueaba sus pies. Agnes, confusa y con el corazón a mil por hora, por primera vez sintió que aquello no estaba bien. Sin decir nada a nadie, se acercó a Elvis, lo ató a la correa y se fue.

Cuando llegaron a casa, Agnes se tumbó todo lo larga que era en la alfombra del comedor. Y Elvis no tardó en acurrucarse a su lado. Parecían dos soldados venidos de una gran batalla. Agnes le acariciaba las orejas a Elvis.

–Chuchito mío, menudo susto me has dado. No te vuelvas a ir de mi lado, ¿eh? Porque me enfadaré mucho contigo.

Sara

29 de abril

Hoy me siento bien. Por fin no me he quedado callada. Juan tenía razón. Ojalá Agnes no se haya enfadado mucho conmigo. Si se ha enfadado, pues no sé, espero que no mucho. Lo de hoy, Elvis y todo lo que ha pasado... Me siento mejor.

Olivia

Lo que pasó ese día en el parque no lo olvidaré jamás. Cuando vi llegar al perro de Agnes y que se me arrimaba precisamente a mí, no supe qué hacer. Él temblaba de miedo. Tenía que abrazarlo. Olía a violetas. Y sentí algo que no sé explicar. Era como una energía, como si el perro me estuviera diciendo algo. Ya lo sé, los perros no hablan, pero yo entiendo lo que me digo. Luego vino Agnes y se puso furiosa por ver al perro conmigo, pero estaba claro que también estaba contenta por haberlo encontrado, aunque quiso disimularlo. Y yo me atreví a hablar y me defendí, y eso no había pasado nunca. Algo había cambiado. Cuando Agnes se fue, sentí que un bulto muy grande dejaba de pesarme en la espalda. Lo primero que me salió fue invitar a mis amigas a unas patatas fritas. Y también a Sara, que se había quedado sola con nosotras después de que Agnes se marchara con Elvis sin decir adiós. Antes de irnos, le di las gracias a Sara.

Juan nos recibió en su quiosco con una gran sonrisa.

–Qué quieren estas chicas listas.

–Cuatro bolsas de patatas. Pago yo –contesté, y al decirlo sentía que me entraba mejor el aire en los pulmones.

–Así me gusta. Pero déjalo, Olivia. Esta buena compañía –dijo, mirando claramente a Sara– se merece algo. Invito yo, chicas.

Desde ese día, dejé de recibir notitas. Agnes dejó de mandarme mensajes al móvil. Ya no me perseguía en el recreo. Y Sara empezó a hablarme, y eso también era nuevo, porque durante todo este tiempo nunca se había dirigido a mí de tú a tú, solo acompañando las bromitas que me soltaba Agnes. Eso me alivió un montón. Al menos podía salir al recreo tranquila, sin tener que esconderme por si recibía un empujón. Y algo sorprendente ocurrió una mañana después del recreo. Al mirar debajo de la cajonera, increíble, ahí estaba mi *pendrive*, como si llevara ahí esperándome todo este tiempo que estuvo perdido.

No sé, pero poco a poco me fui sintiendo de otra forma, como que podía respirar mejor. Ahora, al recordar lo que pasó, me doy cuenta de que debería habérselo dicho a mis padres o a Lucas mucho antes. O a mis amigas. Me habría ahorrado tanto sufrimiento.

Sara

1 de mayo

Hoy es el día de la madre. Mi padre siempre le trae un ramo de flores a mi madre, y dice que él también quiere uno en el día del padre. Mi madre le ha dicho que vale, prometido.

Estoy contenta. Ayer me acerqué a hablar con Olivia en el recreo. Después de lo que pasó en el parque, quiero hacerlo. Me siento mejor. Y Olivia me ha sonreído. Me gusta eso. Agnes no me ha dejado de hablar.

Instrucciones para arreglar un cortocircuito

En clase de Naturales tocaba hablar de la electricidad. La profesora explicó lo que era un cortocircuito:

«Circuito que se produce, generalmente de manera accidental, por contacto entre dos conductores de polos opuestos y suele ocasionar una descarga».

Vamos, que cuando hay un cortocircuito, ¡chas!, hay una pequeña explosión, se saltan los plomos de la casa, se acabó la luz y no se puede encender la tele ni poner la lavadora. Nos quedamos a oscuras. ¿Cómo se arregla? Suele haber alguien entendido en electricidad que busca dónde se ha producido el cortocircuito. Si los cables están sueltos y andan molestándose entre ellos, pues ahí está el problema. Cuando ya se sabe qué es lo que falla, el siguiente paso es solucionarlo. Con un poco de cinta aislante y mucho cariño, se abraza a los cables que están sueltos y se los coloca bien para que se entiendan mejor. Después se activan los plomos y... ¡milagro de la electricidad! Se hace la luz.

Cuando acabó la clase, Agnes supo que esa explicación hablaba de ella. Sara supo que esa explicación hablaba de ella. Olivia supo que esa explicación hablaba de ella. Las tres sintieron una corriente eléctrica chisporroteando por su piel. La cinta aislante estaba preparada. Dentro de poco, seguro que volvería la luz.

***

Preguntas para fomentar la reflexión y el diálogo

Este cuento está dirigido a niños y niñas entre 6 y 12 años. Por ello, pueden leerlo ellos solos o junto a un adulto que les pueda ayudar a reflexionar sobre el contenido. Así, las siguientes preguntas están dirigidas directamente al niño o niña lector, por lo que si está acompañado, pueden servir de guía en la lectura y favorecer una reflexión y diálogo conjunto sobre el acoso escolar.

- ¿Qué les ocurre a las protagonistas del cuento?
- ¿Cuál es el desenlace de los ataques de Agnes a Olivia? ¿Para qué crees que lo hace?
- ¿Cómo se siente Agnes en la ciudad? ¿Y cuando se encuentra a Lucas en el quiosco?
- ¿Qué cosas son las que Agnes le hace a Olivia?
- ¿Crees que Agnes se da cuenta de lo mal que lo está pasando Olivia? ¿Crees que al final se da cuenta de que lo que estaba haciendo estaba mal?
- ¿Cómo se siente Agnes al principio? ¿Y al final?
- ¿Cómo se siente Olivia cuando Agnes le ataca? ¿Por qué duda de si lo que Agnes hacía estaba mal o no?
- ¿Por qué crees que le cuesta tanto a Olivia contárselo a alguien?
- ¿Cómo crees que se siente después de hablar con Juan? ¿Le ayudó? ¿Crees que si se lo hubiera contado a alguien le hubieran podido ayudar?
- ¿Cómo se siente Olivia al final?
- ¿Cómo se va sintiendo Sara a lo largo de toda la historia?
- ¿Cómo se siente Sara con las palabas de Juan?
- ¿Por qué crees que le cuesta intervenir cuando ya se da cuenta que lo que Agnes le hace a Olivia está mal? ¿Qué crees que hubiera pasado si Sara no hubiera intervenido?
- ¿Cómo se siente Sara después de defender a Olivia?
- ¿Cómo se sentía Elvis? ¿Crees que estos sentimientos tienen relación con algún otro personaje?
- ¿Qué crees que pensaron las tres protagonistas durante la clase de ciencias?
- ¿Qué hubieras hecho tú si hubieras sido Olivia? ¿Y si hubieras sido Sara? ¿Y Agnes?
- ¿Te ha pasado alguna vez algo parecido? ¿Como a Olivia, Sara y Agnes?